

No. 16 - Julio - 1956



REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO III

SALUDO DEL ALBA

¡Cuida bien de este día! Este día es la vida, la esencia misma de la vida, en su leve transcurso se encierran todas las realidades y todas las variedades de tu existencia: el goce de crecer, la gloria de la acción y el esplendor de la hermosura.

El día de ayer no es sino un sueño y el de mañana es sólo una visión, pero un hoy bien empleado hace de cada ayer un sueño de felicidad y de cada mañana una visión de esperanza. ¡Cuida bien, pues, este día!

Del Sánscrito



Revista Infantil Nacional
Publicada por la
FILIAL DE ANDE
Cantón Central de Heredia

Directora:
EVANGELINA GAMBOA

Administración:
GUILLERMO SOLESA R.
DOLLY MUÑOZ ZUÑIGA

San José — Costa Rica

Sumario:

Saludo del Alba	1
El Zorzal	2
El Camarón encantado	3
El Asno que se disfrazó de León	7
Guijarros	8
El niño que había que despertar	10
El tráfico en las aguas del Tempisque ...	12
Página de los Niños	15
Por un ventanal	16

JULIO 1956

Maderas: Francisco Amighetti.

VALE:

NUMERO 16

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

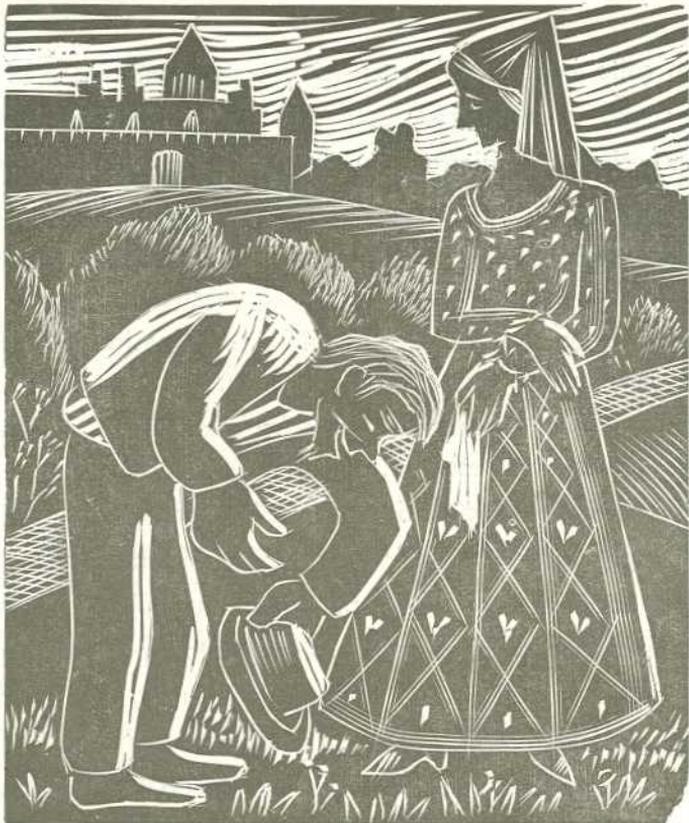
₡ 0.20

EL ZORZAL

Al matinal
cielo de añil,
desde el pensil
lanza el zorzal
silbo viril,
loa jovial,
que rompe el tul
inmaterial
del alba azul
y angelical.

Largo arrebol
dilata el sol
por el tapial
de aquel vergel,
donde rival
más claro que él,
trinas, genial,
cantas, sutil,
pueril zorzal,
zorzal gentil.

Leopoldo Lugones



EL CAMARON ENCANTADO

(Continuación)

En toda la noche no cerró Loppi los ojos pensando en el amanecer, y en los puños alzados de Masícas, que le parecieron un ganso cada uno. Y a paso de moribundo se fue arrimando al charco a los claros del día. Y las voces que daba parecían hilos, por lo tristes, por lo delgadas:

"Camaroncito duro,
sácame del apuro".

—¿Qué quiere el leñador?

—Para mí, nada; ¿qué he de querer yo? Pero mi mujer se está cansando del tocino y la sopa. Yo no, yo no me canso, señora maga. Pero mi mujer se ha cansado, y quiere algo ligero, así como un gansito asado, así como unos pastelitos.

—Pues vuélvete a tu casa, leñador, y no tienes que venir cuando tu mujer quiera cambiar de comida, sino pedírselo a la mesa, que yo le mandaré a la mesa que se lo sirva.

En un salto llegó Loppi a su casa, e iba riendo por el camino, y tirando por el aire el sombrero. Llena estaba ya la mesa de platos cuando él llegó, con cucharas de hierro y tenedores de tres puntas, y una jarra de estaño, y el ganso con papas, y un pudín de ciruelas. Hasta un frasco de anisete había en la mesa con su forro de paja.

Pero Masícas estaba pensativa. Y a Loppi ¿quién le daba todo aquello? Ella quería saber: — "¡Dímelo Loppi!" Y Loppi se lo dijo cuando ya no quedaba del anisete más que el forro de paja, y estaba Masícas más dulce que el anís. Pero ella prometió no decírselo a nadie; no había una vecina en doce leguas a la redonda.

A los pocos días, una tarde que Masícas había estado muy melosa, le contó a Loppi muchos cuentos y le acabó así el discurso:

—Pero, Loppi mío, ya tú no piensas en tu mujercita; comer es verdad, come mejor que la reina; pero tu mujercita anda en trapos, Loppi, como la mujer de un pordiosero. Anda, Loppi, anda, que la maga no lo tendrá a mal que quieras vestir bien a tu mujercita.

A Loppi le pareció que Masícas tenía mucha razón, y que no estaba bien sentarse a aquella mesa de lujo con el vestido tan pobre. Pero la voz se le resistía cuando a la mañanita llamó al camarón encantado:

"Camaroncito duro,
sácame del apuro".

El camarón sacó el cuerpo del agua.

—¿Qué quiere el leñador?

—Para mí, nada, ¿qué puedo yo querer? pero mi mujer está triste, señora maga, porque se vé tan mal vestida; y quiere que su señoría me dé poder para tenerla con traje de señora.

El camarón se echó a reir y estuvo riendo un rato, y luego dijo a Loppi: — Vuélvete a casa, leñador, que tu mujer tendrá lo que desea".

—¡Oh, señor camarón! ¡oh, señora maga! ¡Déjeme que le bese la patita izquierda, la que está del lado del corazón! ¡Déjeme que se la besel

Y se fue cantando un canto que le había oído a un pájaro dorado

que le daba vueltas a una rosa; y cuando entró a su casa vió a una bella señora y la saludó hasta los pies; y la señora se echó a reir, porque era Masícas, su linda Masícas, que estaba como un sol de hermosura. Y se tomaron los dos de la mano, y bailaron en redondo, y se pusieron a dar brincos.

A los pocos días Masícas estaba pálida, como quien no duerme, y con los ojos colorados, como de mucho llorar. "Y dime, Loppi —le decía una tarde con un pañuelo de encaje en la mano,— ¿de qué me sirve tener tan buen vestido sin un espejo donde mirarme, ni una vecina que me pueda ver, ni más casa que este casuco? Loppi, dile a la maga que esto no puede ser". Y lloraba Masícas, y se secaba los ojos colorados con su pañuelo de encaje: "Díle, Loppi, a la maga que me dé un castillo hermoso, y no le pediré nada más".

—¡Masícas, tú estás loca! Tira de la cuerda y se reventará. Conténtate, mujer, con lo que tienes, que si no la maga te castigará por ambiciosa.

—¡Loppi, nunca serás más que un zascandil! El que habla con miedo, se queda sin lo que desea. Háblale a la maga como un hombre. Háblale, que yo estoy aquí para lo que suceda.

Y el pobre Loppi volvió al charco, como con piernas postizas. Iba temblando todo él. ¿Y si el camarón se cansaba de tanto pedirle, y le quitaba cuanto le dió? ¿Y si Masícas lo dejaba sin pelo si volvía sin el castillo? Llamó muy quedito:

"Camaroncito duro,
sácame del apuro".

—¿Qué quiere el leñador? —dijo el camarón, saliendo del agua poco a poco.

Nada para mí; ¿Qué podría yo querer? Pero mi mujer no está contenta y me tiene en tortura, señora maga, con tantos deseos.

—¿Y qué quiere la señora, que ya no va a parar de querer?

—Pues una casa, señora maga, un castillito, un castillo. Quiere ser princesa del castillo, y no volverá a pedir nada más.

—Leñador —dijo el camarón, con una voz que Loppi no le conocía, —tu mujer tendrá lo que desea. — Y desapareció en el agua de repente.

A Loppi le costó mucho trabajo llegar a su casa, porque estaba cambiado todo el país, y en vez de matorrales había ganados y siembras hermosas, y en medio de todo una casa muy rica con un jardín lleno de flores. Una princesa bajó a saludarlo a la puerta del jardín, con un vestido de plata. Y la princesa le dio la mano. Era Masícas. "Ahora sí, Loppi, que soy dichosa. Eres muy bueno, Loppi. La maga es muy buena." Y Loppi se echó a llorar de alegría.

Vivía Masícas con todo el lujo de su señorío. Los barones y las baronesas se disputaban el honor de visitarla; el gobernador no daba orden sin saber si le parecía bien; no había en todo el país quien tuviera un castillo más opulento, ni coches con más oro, ni caballos más finos. Sus vacas eran inglesas, sus perros de San Bernardo, sus gallinas de Guinea, sus faisanes de Terán, sus cabras eran suizas ¿Qué le faltaba a Masícas, que estaba siempre tan llena de pesar? Se lo dijo a Loppi, apoyando en su hombro la cabeza. Masícas quería algo más. Quería ser reina Masícas: "¿No ves que para reina he nacido yo? ¿No ves, Loppi mío, que tú mismo me das siempre la razón, aunque eres más terco que una mula? Yo no puedo esperar, Loppi. Díle a la maga que quiero ser reina".

Loppi no quería ser rey. Almorzaba bien, comía mejor; ¿a qué los trabajos de mandar a los hombres? Pero cuando Masícas decía a querer, no había más remedio que ir al charco. Y al charco fue al salir el sol, limpiándose los sudores, y con la sangre a medio helar. Llegó. Llamó.

"Camaroncito duro,
sácame del apuro".

Vio salir del agua las dos bocas negras. Oyó que le decían "¿qué quiere el leñador? Pero no tenía fuerzas para dar su recado. Al fin dijo tartamudeando:

—Para mí, nada; ¿Qué pudiera yo pedir? Pero se ha cansado mi mujer de ser princesa.



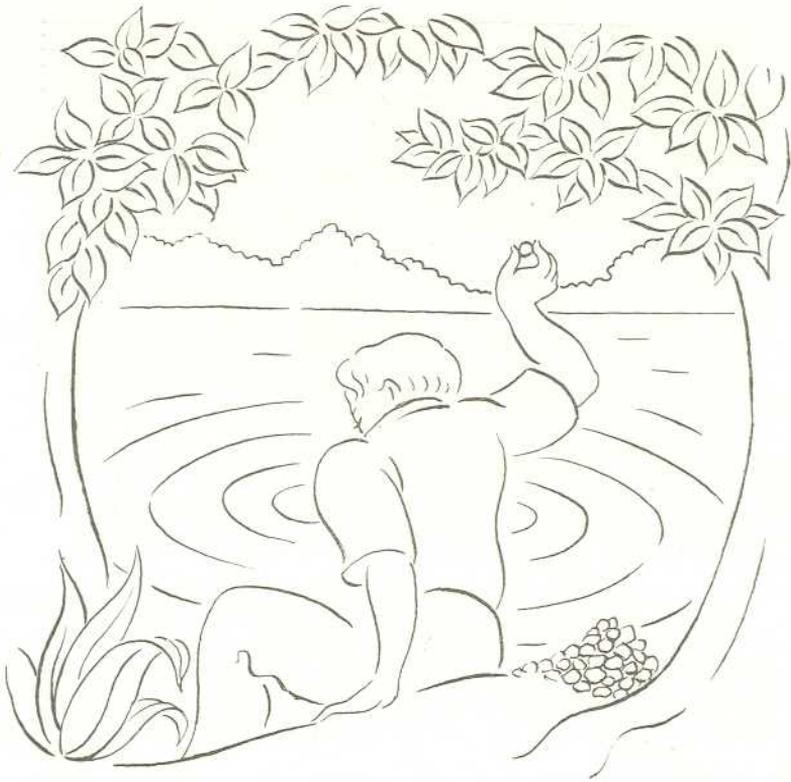
EL ASNO QUE SE DISFRAZO DE LEON

Bajo la piel del León, el Asno reía enseñando los dientes y sentía deseos de rebuznar a cada momento.

Halló en su camino a otros asnos, y al verlos venir tembló, pensando que pudieran ser leones disfrazados con pieles de asno; pero cuando reconoció entre ellos una asnita amiga suya, no pudo dominarse y rebuznó...

Huyeron los asnos, creyendo que el León imitaba su rebuzno, para sorprenderlos.

Y el asno reía, moviendo las dos colas y las cuatro orejas.



GUIJARROS

Enrique González Rojo

¿Qué haré yo con tantos guijarros?
Son duros y lisos, redondos y claros.
¿Qué haré yo con tantos guijarros?

Con ellos podría construir un palacio
o tender un puente sobre el lago.

Con ellos podría —hondero fantástico—
derribar uno a uno los astros.

Contando el tesoro, pasaría mil años.

¿valdría la pena contarlo?

Y luego, ¿qué haría con tantos guijarros?

Las ondas transcurren con un solo cántico,
las hojas se caen del árbol,

los vientos murmuran de paso.

Y mientras, ¿qué hago con estos guijarros?

Sentado a la orilla del lago
pasaré mi vida lanzando a la onda guijarros,
guijarros...

Miraré los círculos que se van formando,
creciendo primero y después borrando.

Oiré cómo se hundén cantando.

Y todo será tan limpio, tan claro:
las aguas profundas, los días de mayo,
la luz en los ojos, la fuerza en el brazo,
y siempre cayendo guijarros, guijarros...



EL NIÑO QUE HABÍA QUE DESPERTAR TODAS LAS MAÑANAS

Había una vez un niño que para despertarse necesitaba ser llamado muchas veces.

Pero hubo una mañana en que su madre no pudo despertarlo.

Vino el padre:

—¡Levántate, hijo mío! y hablándole—le daba vueltas por la cama.

Llegaron Antonio y Carmen, sus hermanos:

—¡Mario! ¡Mario! No seas perezoso, ya nosotros estamos listos para tomar el desayuno.

El perrito se subió entonces a la cama

y le lamió las mejillas, y el gato llegó después, y lo acarició con sus manitas.

El niño no abrió los ojos cuando lo llamó la mamá, no se despertó cuando lo movió el papá, ni cuando le hablaron los hermanos, ni tampoco cuando el perrito lamió su cara ni cuando el gatito lo acarició con las manitas.

La madre suspiró y dijo:

—Todo es perdido. Vámonos al comedor.

Cuando no quedaba nadie en el dormitorio, de un agujero del piso salió un ratoncito, el que subiéndose a la cama se acercó al niño y con voz suavecita le dijo:

—¡Buenos días! ¡Buenos días!

Mario abrió sus grandes ojos y le contestó:

—¡Buenos días amiguito! Tengo hambre.

Y como un relámpago se bañó, se vistió y corrió al comedor, y después de saludar como su amigo el ratoncito, diciendo: —Buenos días—, se sentó a la mesa dispuesto a comer el delicioso desayuno preparado por su buena mamá.

Y ahora, ¿quién se encargará de despertar a Mario todas las mañanas?

EL TRAFICO EN LAS AGUAS DEL TEMPISQUE

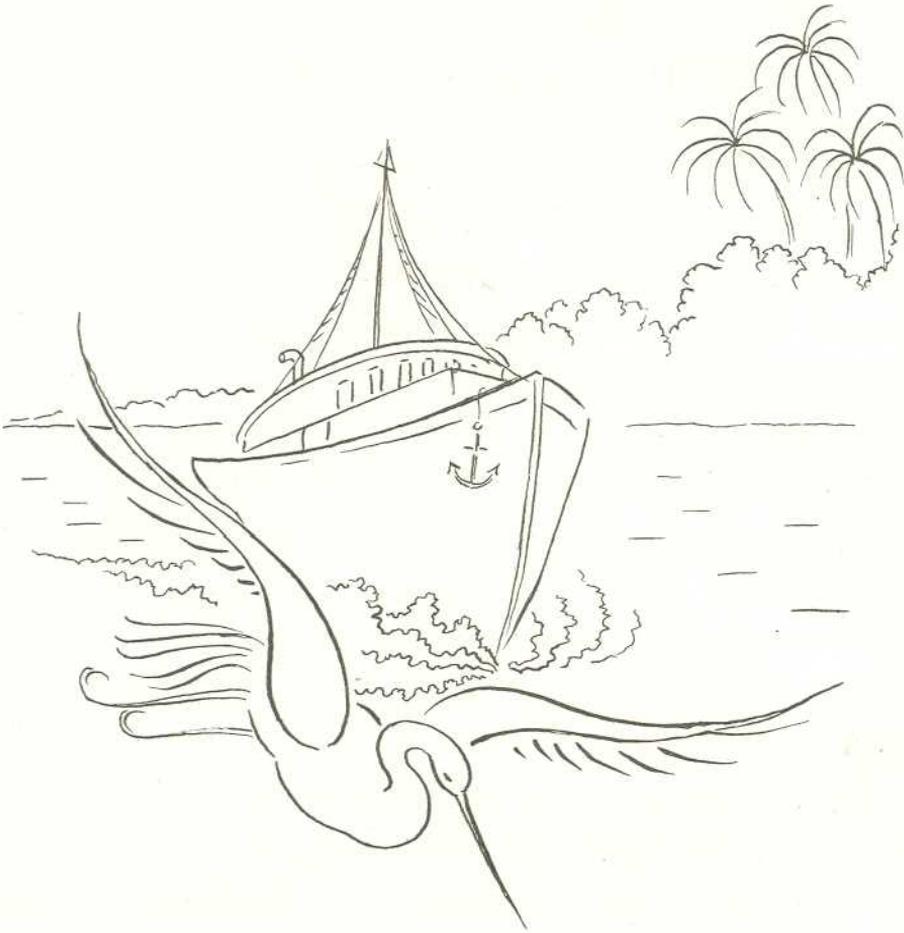
Guanacaste necesita herramientas y materiales de labranza y artesanía para su agricultura y sus industrias; armas y parque para la seguridad personal de sus habitantes y para la cacería; diferentes clases de telas para el abrigo de sus hijos; libros y artículos de escritorio para sus escuelas, bibliotecas, oficinas, etc.; conservas alimenticias para agregar a la alimentación regional; medicinas, confituras, juguetes, etc. Todo eso lo lleva de Puntarenas, San José, Cartago, Heredia, Alajuela y otros pueblos comerciales del interior.

Los pueblos comerciales del interior necesitan, en cambio, que Guanacaste les envíe ganado, cueros, quesos, aves de corral, maderas, hule, carey, oro, plumas, arroz, maíz, frijoles y mil cosas más.

Este tráfico de productos y de artículos se hace en gran parte por la senda del Tempisque, del Bolsón y del Bebedero en lanchas, bongos, gasolinas, etc., de empresas puntarenenses en su mayoría.

No es por demás advertir que los itinerarios del servicio de cabotaje en esta senda, tienen que estar regidos por las mareas, para poder entrar y salir con facilidad en las aguas del Tempisque.

Virgilio Caamaño.



EL BARCO NAVEGA EN EL RIO.

CONCURSO DE COMPOSICIONES Y DIBUJOS

Con el propósito de recibir la colaboración de otros niños que desean participar en el concurso de

COMPOSICIONES Y DIBUJOS

ampliamos el término para recibir los trabajos hasta el 15 de julio del presente año.

Rogamos a los niños no usar regla en sus dibujos para que éstos no pierdan espontaneidad.

El resultado del Concurso se dará a conocer en el FAROLITO correspondiente al mes de Agosto.

¿Largo y rayado?
ganso, el tejado.

Tamaño como una cazuela,
tiene alas y no vuela.

Blanco como el papel,
colorado y no es clavel,
pica y pimienta no es.

El enamorado esté advertido,
que queda dicho mi nombre
y el color de mi vestido.

Solución a las Adivinanzas del No. 11

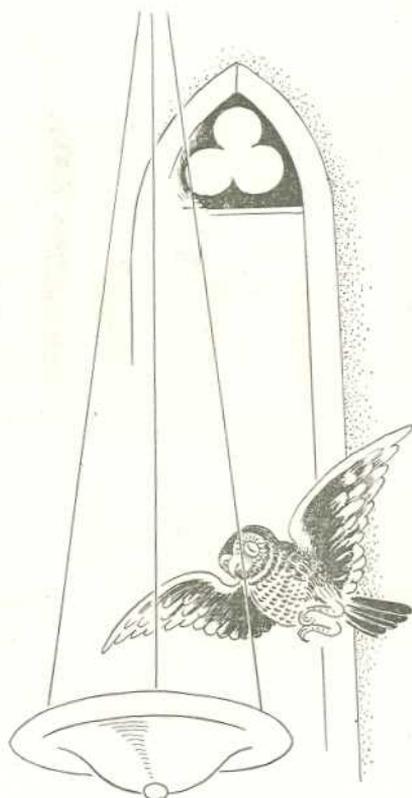
1- La Gata

2- Las Estrellas

PAGINA DE LOS NIÑOS

*Hormiguita y Ratón Pérez*

José Bernardo Ramírez - IV Grado - Escuela
Monseñor Sanabria. - San Rafael de Oreamuno.



POR UN VENTANAL

Manuel Machado

Por un ventanal,
entró la lechuza
en la catedral.

San Cristobalón
la quiso espantar,
al ver que bebía
del velón de aceite
de Santa María.

La Virgen, habló:
—“Déjala que beba,
San Cristobalón”.